

Fue en los pasillos. Con quince años, ¿quién no es revoltoso? Y, entre clase y clase, allí estaba yo, entre varios colegas del curso, haciendo una imitación —a mí me parecía perfecta— del propio don José Feo. Los demás compañeros se reían de la parodia, pero, sobre todo, se reían de que el modelo estaba, sin yo advertirlo, a dos palmos de mi espalda, contemplando la burla, broma o sátira escolar. La posible perfección imitatoria de mis gestos no era para tanto alborozo; pensé que algo más ocurría allí; volví la cabeza, y me encontré con el maestro víctima de la burla, que muy serio, bajo su oronda calva —hoy ¡castigo de Dios, si es que Dios puede castigar a un niño!, no puedo burlarme de la alopecia—, su cara redonda y su gesto adusto, sin decir palabra me dio la soberana y merecida bofetada, que aún sirvió de mayor carcajada a aquellos alumnos que terminamos el Bachillerato en 1953. ¡Qué divertida es una bofetada, cuarenta y dos años después, aunque sea en carrillo propio!

Un acontecimiento así, siglo y medio de edad de la casa donde nos formamos, es para celebrarlo con evocaciones grandes, con recuerdos, con “Historia” — con mayúscula. Pero también merece que, acto festivo que es, se le recuerde con algo pequeño, con “historias” —con minúscula— que son, las que, al fin, hacen la gran “Historia,” como ésta que ahora celebramos. Dentro de siglo y medio, queridos compañeros, os contaré alguna otra anécdota de nuestro Instituto Luis Vives. Que hay muchas, y aún habrá más. ¡Felicidades a todos!

Una de Don Antimo

Anécdota inédita, perteneciente al fondo de la Asociación , escrito en 1979 por el profesor mercantil *José Adán Sanmateo*, de la Promoción de 1943

A nadie que llegare a conocer al bueno de don Antimo Boscá puede extrañar algunos de sus famosos “despistes” que a los estudiantes nos llevaban, a menudo, a mal traer.

En cierta ocasión, con motivo de explicar determinadas reacciones químicas que iban relacionadas con la mineralogía, se encontró don Antimo con las dificultades propias de un gabinete pobre de medios —cosa harto frecuente— y por tanto, ni el sulfúrico era sulfúrico en demasía, ni la fenolftaleína llegaba al 25 por ciento de su eficacia, con lo que obtener el coloreado de la reacción costaba algo más que el despuntar el alba en una mañana abundante en neblinas.

Así pues, hubo de pensar don Antimo en conseguir su propósito calentando el tubo de ensayo con un mechero de alcohol, cuya turunda demostraba que el alcohol había que obtenerlo en alguna taberna, pues tampoco se disponía de existencias “espirituales” y allí empezó nuestro drama.

Tras ímprobos esfuerzos para que ardiera el mechero, con un don Antimo bastante sulfurado con la desidia de los conserjes, optó por buscar otras materias inflamables dando de bruces con unos apañados folios de buen papel que, ni corto ni perezoso, fueron pasto de las llamas con peligro de que ardiera hasta el mobiliario de la clase.

Al fin obtuvo su propósito de ultimar la reacción demostrando trabajosamente su aserto con un suspiro de alivio para todos. Comenzó seguidamente a preguntar a los alumnos y al ir a anotar el veredicto que nos cabía, notó la falta de la lista de la clase.

Ahí fueron las indagaciones, y los denuestos, y las sospechas y toda una retahíla de averiguaciones, hasta que alguno de los alumnos, recogiendo los restos del papel quemado dio en darnos la solución. Se había quemado la lista con las notas de todo el curso.

Para algunos aquello fue el paso del Mar Rojo y la salvación del desierto y para otros fue el desastre de Napoleón en Waterloo.

Pero, ¡así eran los despistes de don Antimo!



La asociación de antiguos alumnos del Instituto de Bachillerato Luis Vives de Valencia

Amadeo Montón Carbonell
Secretario de la Asociación

La Asociación de Antiguos Alumnos del Instituto Luis Vives nació para satisfacer una necesidad del subconsciente afectivo, por la remembranza de los años que dejamos entre sus viejas paredes, la ilusión de mantener vivos los recuerdos de una juventud por naturaleza inquieta, pero siempre celebrada, y también por ese empeño en renovar las relaciones con los antiguos compañeros de clase y la de estos con el instituto y su profesorado. Éste cúmulo de vivencias, que el instituto Luis Vives nos dio como patrimonio a cuantos pasamos por sus aulas, configura sin duda alguna la época más entrañable de nuestras vidas.

La génesis de la Asociación data de agosto de 1942, partiendo de una feliz idea del profesor D. José Feo Cremades, quien ya en sus años mozos fuera alumno del Instituto. Sin embargo, los trámites para su legalización no obtendrían el visto bueno del Gobernador Civil de la provincia hasta siete años después, solo porque en aquel tiempo las asociaciones no agradaban a la autoridad gubernativa. De ahí que sea la Asamblea General celebrada el 31 de octubre de 1948, cuya acta firman don José Feo Cremades, como Presidente, y don Pedro Cano Díaz, como Secretario, la que aprueba los Reglamentos de la Asociación, y el 3 de mayo de 1949 la fecha en que son autorizados estos por el gobierno civil, figurando en la inscripción registral con el nº 40 de la sección 1ª, número que acredita la antigüedad de nuestra Asociación, aún a pesar del tiempo perdido en su legalización, y más relevante todavía hoy cuando el número de asociaciones registradas rebasa las 7.000.

Este retraso fue un verdadero contratiempo para reunir un censo asociativo importante, que se hubiera conseguido con facilidad a la vista del entusiasmo de los primeros

momentos, las muchas promociones que en el Instituto se formaron y las grandes figuras que entre ellos se dieron. Pero tan larga espera enfrió inevitablemente el ambiente, no obstante las actividades que se ofrecieron para evitar el desánimo.

...De los alumnos del viejo caserón

Cuantos hemos tenido la suerte de ser alumnos del Instituto aprendimos a convivir, orgullosos de la formación humanística recibida, con indudable apego al Centro y honrados porque nos precedieran, en la segunda mitad del siglo XIX, personajes tan ilustres como los que podremos hallar en la relación de las 150 promociones de bachilleres; relación que constituye otra importante colaboración de este libro conmemorativo. El alumnado de los cursos que siguieron y de otros más cercanos con los que este cronista compartió aulas, componen una orla de escolares brillantes de entre una lista interminable de estudiantes que destacaron en las más variadas profesiones y carreras.

Los alumnos de nuestra generación no olvidaremos nunca a un profesorado de la talla de don Francisco Morote, don Ambrosio Huici Miranda, don Pio Beltrán, don Severiano Goig, don José M^a Benaches, don Angel Lacalle, don Antimo Boscá, don Modesto Jiménez de Bentrosa, don Eduardo Arévalo, don Tarsicio Seco, doña Carola Reig, y tantos más recordados como excelentes educadores.

...Donde la asociación se reorganiza

Durante el curso 1965/66, el entonces director del instituto, don Luis Querol Roso, presidente honorario nato de la Asociación de Antiguos Alumnos, convocó una asamblea general extraordinaria de la misma en la Sala de Profesores, concretamente el 27 de diciembre de 1965, asistido por el secretario don Miguel Ramón Izquierdo, tanto para dar cuenta del fallecimiento de don José Feo Cremades, como para aprobar la adaptación de los Reglamentos de la Asociación a las nuevas disposiciones de la Ley de Asociaciones, planteando al tiempo la necesaria revitalización de la Asociación, acordándose constituir a este efecto una junta directiva provisional bajo la presidencia de don José María Estevan y Ballester, antiguo alumno y profesor jubilado del Instituto Luis Vives.

La asociación empezó a recuperar protagonismo, dando paso a una serie de actividades que de alguna manera auguraban resultados esperanzadores. El 3 de febrero de 1967 y en Asamblea General se elige una nueva junta directiva, declinando don José M^a Estevan la presidencia en favor de candidatos más jóvenes:

Presidente	don José Pascual Guerri Núñez	Vocal	don José M ^a Estevan y Ballester
Vicepresidente	don Lucinio Sanz Márquez	Vocal	don Fernando Cerdán Cuartero
Tesorero	don Serapio José Inglada	Vocal	don Ramón Gómez Ferrer Sapiña
Secretario	don Juan Sáez Rico	Vocal	don Javier Casal Vovoa
Vicesecretario	don Antonio Ceacero Dolz	Dtor. Espiritual	don José Luis Corbín Ferrer

El padre Corbín recoge en su extraordinaria *Monografía Histórica del Instituto Luis Vives*, con indudable exactitud, cómo la junta directiva nacida en 1967 se plantea, en Mayo del 68, la conveniencia de traspasar sus funciones a quienes con mayor experiencia pudieran dar soluciones a los problemas existentes. De ahí que, después de presentar todos la dimisión, la asamblea General del 14 de noviembre de 1968 acordará designar presidente a don José M^a Estevan y Ballester, a quien por este tiempo se le concedió la Encomienda de la Orden Civil de Alfonso X el Sabio. La nueva junta quedó constituida el 22 de diciembre así:

Presidente Honorario	Don José García García, director del instituto	Vocal 3º	don Manuel Sabater Fillol, Pº 1928, técnico textil.
Presidente	don José M ^a Estevan y Ballester, promoción bachilleres 1911.	Vocal 4º	don Pascual Barrachina Guaita, Pº 1940, ingeniero industrial.
Secretario	don Julio Salom Costa, Pº 1945, direc. Instituto <i>Sorolla</i>	Vocal 5º	don Miguel Sanz Garcés, Pº 1940, médico.
Tesorero	don Ricardo Gosalbo Gosalbo, Pº 1936, profesor mercantil.	Vocal 6º	don Ernesto Veres D'Ocón, Pº 1942, cat. Instituto <i>Juan de Garay</i>
Vocal 1º	don Eduardo Nagore Gómez, Pº 1925, direc. Instituto <i>Benlliure</i>	Consiliario	don Juan Luís Corbín Ferrer, direc. espiritual del instituto.
Vocal 2º	don Diego Sevilla Andrés Pº 1927, cat. Facultad de Derecho		

Con un año de retraso, exactamente el 28 de abril de 1968, la promoción 1941/42, de la que es secretario este cronista, celebró sus Bodas de Plata con misa y acto académico en el Instituto, teniendo como invitado de Honor al catedrático don Pío Beltrán Villagrasa. También la promoción de 1918 festejó este año sus Bodas de oro con profusión de actos, y la de 1911 su 57 Aniversario, con nutrida representación de la misma.

En 1969 la asociación promovió las listas de las Promociones, invitando a las que cada año celebran sus Bodas de Oro y de Plata a solemnizar sus efemérides en el Instituto. El Día de los Antiguos Alumnos se celebró este año el 14 de mayo, iniciándose los actos con misa que ofició el padre Corbín en la Capilla de San Pablo, reuniéndose posteriormente en Asamblea General. Tras la lectura de la memoria y la dación de cuentas, don José M^a Estevan sometió a la asamblea varios proyectos, que fueron aprobados, entre ellos la colocación en el local social de un cuadro del fundador de la Asociación, don José Feo Cremades y el compromiso de costear el de don Francisco Morote Greus, para ir completando la galería de directores del Instituto. El vicepresidente de la Asociación, don Diego Sevilla Andrés, ofreció con brillantez y elocuencia, el homenaje que los Antiguos Alumnos dedicaron a los catedráticos jubilados don Ambrosio Huici Miranda, don Enrique Selfa Más, don Pío Beltrán Villagrasa, don Severiano Goig Bottella, y a los profesores don Manuel González Martí, don José M^a Benaches Ausina, don Enrique Bernet Ibáñez, don Manuel Benet Ponce y don José Blasco Such.

La memoria de 1970 refiere como en cumplimiento de la Ley de asociaciones, la junta directiva presentó el 30 de enero, en Gobierno Civil, la documentación precisa de todos los años; dejando así mismo constancia de la concesión, por parte de la dirección del instituto, de un departamento en el 2º piso para instalar la sede de la Asociación, que se ocupó con mobiliario cedido por don José M^a Estevan. Local que se acordó

presidiera el cuadro del fundador de la Asociación, don José Feo Cremades. Durante el mes de abril de ese año, las promociones de bachilleres de 1941/42, cuyo secretario es el cronista que suscribe, y la de 1936, que se reunía en torno a su presidente, don José Joaquín Viñals Guimerá, celebran su conmemoración anual, con misa en el instituto oficiada por el Rvdo. don Juan Luis Corbín.

En julio de 1970 se efectuó el relevo de don José García García por don José Belloch Zimmermann en la dirección del Instituto, lo que por ende supuso el mismo cambio en la Presidencia de Honor de la Asociación de Antiguos Alumnos. Las actividades de la asociación en este año fueron muchas e importantes, destacando la sugerencia en lo deportivo de los Trofeos "Luis Vives;" la participación en el homenaje a don Pío Beltrán por la sociedad numismática que lleva su nombre; y, también en el tributado a don Juan Antonio Caparrós, por la Federación de Atletismo; las felicitaciones cursadas a don Rafael Couchud Sebastiá y don José Joaquín Viñals Guimerá, por habérseles concedido la Gran Cruz de Alfonso X el Sabio, y, la integración de la Asociación en la Comisión del Centenario del Instituto.

En 1971, el dinamismo de la Asociación se hizo presente con la entrega de dos premios de 2.000 pesetas a los alumnos distinguidos del curso anterior, don Carlos Bonastre y don José Antonio Madrigal; participando en el homenaje al catedrático don Luis Querol Roso, con motivo de su jubilación y haciendo cesión a la biblioteca del Instituto, en cumplimiento de acuerdo, de los libros y revistas de la Asociación.

La promoción de 1936 celebró este año su reunión anual en la Colonia de Aguas Vivas de Alzira. La de 1941/42 lo hizo en un restaurante de La Eliana, teniendo como invitados al presidente de la Asociación, don José M^a Estevan y Ballester y al director del Instituto, don José M^a Belloch Zimmermann. Las bodas de plata de la promoción de 1946 se solemnizaron en el Instituto, y, las de la promoción de 1918 lo fueron en el Hotel Reina Victoria.

... Conmemorando el primer centenario del instituto

La celebración de esta efemérides acaparó este año la atención de todos. Desde las primeras autoridades civiles, militares y eclesiásticas a las universitarias, claustro de profesores del Instituto, asociación de Antiguos Alumnos con una gran representación de las distintas promociones y, en bloque, todos los medios de información. No en balde los actos iba a presidirlos el ministro de Educación y Ciencia, don José Luis Villar Palasí, antiguo alumno del Instituto, componente de la promoción de Bachilleres 1941/42.

Tan grata evocación tuvo lugar el 6 de noviembre de 1971, en el Salón de Actos del Instituto, interviniendo de forma concisa pero muy acertada su director, don José M^a Belloch Zimmermann; el presidente de la Asociación, don José M^a Estevan Ballester y, por los Antiguos Alumnos don Antonio Damiá Maiques, médico y novelista, dela promoción de 1918. Cerró el acto académico don José Luis Villar Palasí, haciéndose

eco de la vida centenaria del Instituto, alegrándose de poder recobrar la memoria de su juventud y recordar con nostalgia los años pasados entre aquellas viejas paredes. Terminado el acto, el ministro se reunió con sus compañeros de promoción en la Sala de Juntas del Gobierno Civil, para recibir de estos la placa de plata con la que le conferían el título de “ Condiscípulo Ilustre.”

El 28 de enero de 1972 le fue admitida la renuncia, repetidamente expresada, del cargo de secretario, a don Julio Salom Costa, siendo designado para sustituirle don Amadeo Montón Carbonell, quien ya venía ejerciendo como tal desde algunos años antes. Con tal motivo, la Asamblea general ordinaria tomó el acuerdo de reestructurar la Junta Directiva como sigue:

Presidente Honorario		Don José Belloch Zimmermann director del instituto.	
Presidente	don José M ^a Estevan y Ballester,	Vocal 3 ^o	don Manuel Sabater Fillol,
Secretario	don Amadeo Montón Carbonell	Vocal 4 ^o	don Pascual Barrachina Guaita,
Tesorero	don Ricardo Gosalbo Gosalbo,	Vocal 5 ^o	don Miguel Sanz Garcés,
Vocal 1 ^o	don Eduardo Nagore Gómez,	Vocal 6 ^o	don Ernesto Veres D'Ocón,
Vocal 2 ^o	don Diego Sevilla Andrés,	Consiliario	don Juan Luís Corbín Ferrer,

... Y llegaron “aquellas” obras de remodelación

En julio de 1972 se iniciaron las *Obras de Ampliación, Reforma y Restauración* que se habían hecho más que necesarias en los últimos tiempos. Para hacerlas posibles, durante ese verano se trasladaron los elementos precisos a las secciones delegadas de la Fuente de San Luis, para empezar en estos locales el curso 1972/73.

El día 21 de diciembre se celebró en un restaurante de la playa un homenaje íntimo a los profesores doña María Labrandero y don Fernando Dicenta de Vera, con motivo de su jubilación, asistiendo, por la Asociación, su presidente, y el director del Instituto y buena parte del claustro de profesores.

La Asociación y la dirección del Instituto sufrieron en 1974 un cúmulo de incertidumbres por el destino final del viejo caserón, ya que llegó a barajarse una gama de posibilidades que iban del derribo a la reconstrucción, y de la reparación a la edificación parcial o total, hasta que las firmes posturas del Alcalde de Valencia y el director del Instituto lograron disipar tan negros nubarrones. El viejo caserón iba a conservarse y restaurarse, para seguir dedicado a fines docentes, estimando que las obras podrían reanudarse en Marzo de 1975.

La Asamblea General Ordinaria se reunió el 30 de enero, confirmando en el cargo de presidente de la Asociación a don Antonio Damiá Maiques. Y el 14 de mayo de ese año y en homenaje póstumo a don Ambrosio Huici Miranda, insigne profesor y arabista, su viuda descubrió la placa que da nombre a la plaza que le dedicó el Ayuntamiento de Valencia, en calle paralela a la Avda. de la Plata. Y en el mes de octubre, la asociación cursó una felicitación a su consiliario, Rvdo. don Juan Luis Corbín Ferrer que obtuvo el Premio del Excmo. Ayuntamiento de Valencia con una tesis doctoral sobre el siglo XVI titulada *Callizo que hizo calle*.

El 21 de marzo de 1975 aprobó el Consejo de Ministros el proyecto de restauración y ampliación del Instituto Luis Vives, acordando salvar sus mejores valores arquitectónicos.

La Asociación vio perjudicadas en gran manera sus actividades con el retraso de las obras al no poder disponer de una sede social en los locales provisionales de la Avda. de la Plata. Sin embargo, sí que consiguió interesar a la prensa para que ésta trasladase a la sociedad valenciana la preocupación por el futuro del Instituto.

Terminadas las obras a finales del mes de septiembre de 1978, el renovado instituto se reincorporó a la docencia al iniciarse el curso 1978/79, con tres módulos horarios y algo más de 1.800 plazas, siendo director don José García García. La Asociación de Antiguos Alumnos y cuantos de ellos visitaron el Instituto para conocer la remodelación llevada a cabo, estimaron como desafortunada la no conservación de la airosa espadaña que siempre presidió el patio del Instituto, de la que solo quedaron dos campanas como reliquia, lamentando que tampoco se respetase una, cuando menos, de aquellas entrañables aulas con graderío.

...Recobrando el pulso...

Con ánimo de renovar los vínculos de cuántos fueron pasando por las aulas del Instituto o son parte integrante del mismo en cualquier momento, la Asociación de Antiguos Alumnos, junto con la Dirección y el Claustro de Profesores, organizaron con la colaboración de la Consellería de Cultura, Educación y Ciencia, el *I Encuentro de Antiguos Alumnos del Instituto de Bachillerato Luis Vives de Valencia*. Evento que se celebró el 5 de diciembre de 1984 en la biblioteca del centro, aperturando el acto el director, don Ramón Palomar Dalmau, y clausurándolo don Xavier Paniagua Fuentes, director general de Enseñanzas Medias de la Consellería.

El 21 de febrero de 1985 se celebró una Asamblea General. Desde que en 1981 falleciese su presidente, don Antonio Damiá, y ante la escasa colaboración que anota el secretario, don Amadeo Montón, se sugiere una reestructuración de la Junta, sobre la base de una dimisión en bloque, pretendiendo afrontar así la reforma de los Estatutos, la organización de las Promociones, la financiación de la Asociación, la obtención de un local social en el Instituto y tantas cosas más. Resultó configurada una nueva Junta, que se relaciona:

Presidente	don José M ^a Estevan y Ballester,	Vocal 3 ^o	don Manuel Sabater Fillol,
Presidente Hon.	don Ramón Palomar Dalmau	Vocal 3 ^o	don Pascual Pajuelo de Arcos
Presidente	don José Joaquín Viñals Guimerá	Vocal 4 ^o	don Vicente Rodríguez Martínez
Secretario	don Amadeo Montón Carbonell	Vocal 5 ^o	don José Ombuena Antiñolo
Tesorero	don Ricardo Gosalbo Gosalbo	Vocal 6 ^o	don Juan Ant. Caparrós Benavent
Vocal 1 ^o	don Pascual Barrachina Guaita	Vocal 7 ^o	don José Zaragosí Moliner
Vocal 2 ^o	don Miguel Sanz Garcés	Consiliario	don Juan Luís Corbín Ferrer
Vocal 2 ^o	don Diego Sevilla Andrés,	Consiliario	don Juan Luís Cor,

El curso 1986/87 se inició siendo nuevo director del Instituto y en su virtud, presidente honorario de la Asociación, don Ramon Alòs Barberà.

En el curso 1990/91, el Claustro de Profesores eligió como nuevo director a don Vicente Martínez-Santos Ysern.

...Los importantes eventos de 1992

Se planteaba un año, el de 1992, lleno de ilusiones y de esperanzas para la Asociación, a la vista del compromiso que suponía la conmemoración del *Quinto Centenario del nacimiento de Luis Vives* y para ello se convoca una asamblea el 30 de marzo, poniendo a disposición de la misma todos los cargos de la misma. En su informe a la Asamblea, el presidente Sr. Viñals Guimerà dijo que era necesario reconocer la inactividad de la Asociación, por causas muy diversas. La producida por carecer de local social queda superada: el secretario negocia con el director del Instituto la utilización conjunta de la Sala de Juntas del centro, y Bancaja colabora cediéndonos el mobiliario. Quedan pendientes muchos asuntos, sobre los que se pide reflexión, y se redacta un *plan de actividades*: instalar y poner en marcha la secretaría de la Asociación, colocar mosaico cerámico en el claustro con motivo del 50 Aniversario de la Asociación, otro por las bodas de oro de la promoción 1941/42, apoyar la rehabilitación de la Capilla de San Pablo, celebrar el II Encuentro de Antiguos Alumnos, reformar estatutos, financiar la Asociación, obtener el NIF de la misma. Se constituye la nueva Junta:

Presidente Hon.	Don Vte. Martínez-Santos Ysern	Vocal 3º	don Fernando Ruiz Verdejo
Presidente	don José Joaquín Viñals Guimerà	Vocal RR.PP.	doña Mª Amalia Moreno Más
Secretario	don Amadeo Montón Carbonell	Vocal Medios Informativo	don Juan Ant. Caparrós Benavent
Tesorero	don Ricardo Gosalbo Gosalbo	Vocal Estatutos	don José Ombuena Antiñolo
Vocal 1º	don José Zaragosí Moliner	Consiliario	don Vicente Martínez Rodríguez
Vocal 2º	don Alberto Moreno Más		don José Mª Raga Masiá
			don Juan Luís Corbín Ferrer

La promoción 1941/42 celebra sus bodas de oro y cierra la efemérides durante el mes de octubre, descubriendo el mosaico cerámico colocado en el claustro del centro. El 10 de diciembre, la Asociación convoca el II Encuentro de Antiguos Alumnos, y un Homenaje de la Asociación a Luis Vives descubriendo el mosaico cerámico conmemorativo del "V Centenario."

En el curso 1993/94 cambia de nuevo la dirección del Instituto, al ser elegido para el cargo don Rafael Oroval Molina, ocupando con tal motivo el correspondiente de presidente honorario de la Asociación, de acuerdo con los Estatutos de la misma.

Argumentos

Este breve resumen de la historia de Asociación de Antiguos Alumnos recopilado para su inclusión en el libro conmemorativo del 150 Aniversario del Instituto de Bachillerato Luis Vives, deja de recoger la reseña de 1995, al estar por celebrarse los actos programados para solemnizar la efemérides, a la hora de entregar este trabajo a la imprenta.

La razón de ser de la Asociación de Antiguos Alumnos, contenida en el primer párrafo de esta Memoria, necesita para mantener su vigencia de la más estrecha colaboración de las Promociones de Bachilleres del Instituto y por descontado de una Junta Directiva responsable, que actúa como motor de las actividades de la Asociación, potenciando su imagen.

Desde aquí, la Asociación de Antiguos Alumnos del Instituto de Bachillerato Luis Vives de Valencia, hace un llamamiento a la mayor participación, y abierta totalmente a las nuevas generaciones quiere interesar a cuantos en todo tiempo pasaron por sus aulas y compartir, con la Dirección y el Claustro de profesores, la vía del diálogo y la convivencia que nosotros mismos aprendimos entre los viejos muros de un *caserón* que sigue guardando, celosamente, las ilusiones que le confiamos.

Amadeo Montón Carbonell
Secretario de la Asociación
Septiembre, 1995

Del archivo de la asociación...

Presidentes efectivos desde su creación:

- don José Feo Cremades, (1942–1965)
- don José María Estevan y Ballester, (1965–1967)
- don José Pascual Guerri Núñez, (1967–1968)
- don José María Estevan y Ballester, (1968–1973)
- don Antonio Damiá Maiques, (1973–1981)
- (1981–1985) período sin presidente electo. Los tres presidentes honorarios de turno y el secretario, Sr. Montón Carbonell, mantuvieron el fuego sagrado.
- don José Joaquín Viñals Guimerá, (1985–)

Presidentes honorarios fueron los directores...:

- don José Giner Pitarch, (1942–1957)
- don Luis Querol Roso, (1957–1967)
- don José García García, (1967–1970)
- don José Belloch Zimmermann, (1970–1973)
- don José García García, (1973–1979)
- don Arturo Company Barber, (1979–1982)
- don José García García, (1982–1984)
- don Ramón Palomar Dalmau, (1984–1986)
- don Ramon Alòs Barberà, (1986–1990)
- don Vicente Martínez-Santos Ysern, (1990–1993)
- don Rafael Oroval Molina, (1993–)



PROMOCIÓN BACHILLERES 1.911.- BODAS DE ORO.-11 JUNIO 1.961
DE VALENCIA



PROMOCIÓN BACHILLERES - 1.905-1.911 DE VALENCIA
SEXTO CURSO BACHILLER.-PROFESOR: D. MANUEL MARTI } FISICA
QUIMICA

Evocaciones

Adolfo Rincón de Arellano

A pesar de mi excelente memoria, casi me había olvidado que en el entonces llamado Instituto General y Técnico había cursado hasta 1927, año en que los acabé, mis estudios de Bachillerato; sin que pudieran servirme de recordatorio los libros del padre Corbín y del profesor Querol, a pesar de que, según parece, fui directivo de la Asociación de Antiguos Alumnos. Es posible que la omisión fuera debida al cambio de nombre del Instituto, que tuvo lugar en 1930, que recibió el de Luis Vives, uno de los hijos más ilustres que ha dado la Ciudad de Valencia.

Los muros de lo que hoy conocemos, pues, con el nombre de Instituto Luis Vives han sido testigos silenciosos de cuatrocientos años de historia. Ubicado en un viejo caserón que hizo construir la Compañía de Jesús a mediados del siglo XVI, junto al tramo de muralla que muy posteriormente daría lugar a la calle de Játiva, estuvo destinado a colegio de Jesuitas con la denominación de Colegio de San Pablo, aunque más adelante se dedicó también a Seminario de Nobles, función ésta a la que hubo de destinarse exclusivamente a consecuencia de la expulsión de los jesuitas en 1767.

Arquitectónicamente, tiene interés el amplio patio rectangular, enmarcado en un claustro con arcos de medio punto, apoyados en columnas toscanas de piedra, bastantes de ellas unidas por su base para formar bancadas, también de piedra. Una parte del claustro la acabó el arquitecto Sebastián Monleón años después de haber finalizado la construcción en 1850 de la Plaza de Toros. La escalera principal, con sus paredes revestidas de un gran zócalo, está cubierta por una cúpula construida en 1721. De la primitiva capilla, apenas queda nada, debido a obras posteriores. Una reforma de cierta importancia fue la motivada por una disposición de Carlos III en 1769, por la que la iglesia quedaba como capilla privada y, al tapiar el acceso exterior, colocaron un altar para decorar el espacio interior libre al que había dado lugar la supresión de la puerta.

El plan de estudios que seguimos los bachilleres de 1921 al 27, era el plan de 1903, que duró —y ya es mucho durar en España— más de 25 años. A mi juicio, era francamente bueno, pues al final se salía con un buen nivel cultural, y al mismo tiempo había servido para orientarnos sobre el camino que nos apetecía seguir, el de Ciencias o el de Letras.

Tuvimos un buen equipo de profesores. El director era don Francisco Morote, y también el catedrático de Agricultura. Y persona relevante en la ciudad.

Don Modesto Jiménez de Bentrosa desempeñaba la cátedra de Geografía e Historia, y solía calificarnos frecuentemente de "pigres;" consultado el diccionario, me di cuenta de que o no conocía bien su significado o voluntariamente lo aplicaba aunque mereciéramos otros más fuertes. Don Modesto era sustituido con frecuencia por don Mario Jorge, con motivo de ocupar cargos políticos, pues fue Presidente de la Diputación de Valencia y también Gobernador Civil.

Don Antimo Boscá y Seytre lo era de Historia Natural y recuerdo que tenía la costumbre de decir: ¡A ver, un voluntario!, y sin dar tiempo a que nadie respondiera, continuaba... ¡Usted mismo!, al tiempo que señalaba con el dedo a uno cualquiera.

El catedrático de Lengua Francesa era don Manuel Castillo, amigo de mi padre, y siempre tuve la duda de si en la calificación que obtuve pudo pesar más ello que mis conocimientos de la lengua de Molière.

La Cátedra de Física la desempeñaba don Manuel Martí Sanchis, quien nos enseñaba en verso las unidades eléctricas, cuyo primer cuarteto era el siguiente:

La fuerza electromotriz
tiene al volt por unidad
es de resistencia el ohm
y el culomb de cantidad...

El catedrático de Literatura, don Victoriano Poyatos, era tan entusiasta de Lope de Vega, que siempre he pensado que en mi ejercicio para matrícula quizá la hubiese obtenido de no haber elegido a Quevedo como tema.

Don Joaquín Álvarez Pastor lo era de Filosofía, Lógica y Ética. Era un andaluz menudo, nervioso, inteligente y con una hermosa y brillante calva que trataba de tapar, sin conseguirlo, llevando en cortina sus cabellos desde la región temporal derecha hacia la izquierda o viceversa, y del que se me ha quedado grabada la forma seca como respondió al tiempo en que se levantaba del asiento como movido por un resorte, cuando un alumno habló de Spinoza calificándolo de judío converso, que no lo era; años después me parece que pude explicarme el porqué de aquella reacción.

De don Antonio Juárez, de Matemáticas, sólo recuerdo de él su aspecto quijotesco.

El catedrático de Latín, don Ambrosio Huici Miranda, muy alto, distinguido, afable aunque algo distante. El pos puso en relación con la lengua del Lacio a través del rey don Jaime I que empezaban así: "Nos Iacobus, Rex Aragonum, Maioricarum et Valentie, Comes Barchinone et Urgelli et Dominus Motispesulani: Damus et concedimus vobis..."

Del profesor de Dibujo, don Alfredo de la Lastra, recuerdo que un día en que mi fraternal amigo y compañero Luis García-Caro estaba dandovoces diciendo: "don Alfredo Lastra el que lo toca la empastra," sin darse cuenta de que lo tenía a su lado. Y no pasó nada.

Teníamos un profesor llamado Esplugues que veía poco pero oía menos y cuando sus alumnos armaban bastante ruido en clase, él lo percibía tan tenuemente que preguntaba: “¿A qué se deben esos rumoritos que oigo por ahí?”

Contábamos también con un profesor de Gimnasia, menudo, delgado, nervioso, que se apellidaba *de la Macorra* y creo que su nombre era Francisco. A don José Feo Cremades prácticamente no lo tuve de profesor, aunque formaba parte del Claustro.

Pero en mis años de estudiante de Bachillerato, el que desde hace 65 años lleva el nombre de Luis Vives era el único Instituto existente. En él estudiábamos juntos chicos y chicas. En mi curso había varias: recuerdo a dos hermanas apellidadas Genovés, a otras dos Ortells, a Carmen Domínguez, a Consuelo Martínez Badía que posteriormente acabó la carrera de dentista; ... y de cursos superiores a dos muy guapas, una morena que se llamaba Margarita Berenguer, hija de un librero y bibliófilo que tenía su establecimiento en la vieja calle de Poeta Querol, y otra rubia de apellido Vilches, que después se hizo farmacéutica y se estableció en la calle Pintor Sorolla de nuestra capital.

Los alumnos más destacados de mi curso, o del suyo, que viene a ser lo mismo pero no es igual, fueron: Diego Sevilla Andrés, que fue catedrático de Derecho Político de nuestra Universidad así como Vicepresidente de la Diputación, y Martín Almagro que también fue catedrático de Universidad y arqueólogo de fama mundial.

He tratado de conectar, pero sin éxito hasta ahora, con Emilio Poveda, compañero de curso, que era quien nos convocaba a reuniones y a las celebraciones de las bodas de plata y oro, pues él debe tener las listas si no de todos sí de la mayoría de nuestros compañeros. Espero localizarlo para pedirle escriba unas líneas sobre recuerdos y anécdotas de nuestra promoción. Aunque la que es seguro que no recordará es la que me sucedió a mí el primer día de curso: en el patio, bordeándolo, había una fila de naranjos, y en un descanso entre clase y clase, un grupo de estudiantes, entre los que me encontraba, empezamos a lanzarnos naranjas unos a otros; uno de mis proyectiles dio en la cara de un señor con barba canosa. Creí que había hecho blanco en la del director. Puse pies en polvorosa y me pasé unas horas en la pasarela peatonal que había sobre las vías de la estación. Por la tarde pude saber que el agredido no había sido el director, sino un bedel al que apodábamos “Barbachoto,” el cuál, posteriormente, prestaría sus servicios en la Universidad durante muchos años.

Siempre mantuve con mis antiguos profesores una relación tan cordial como respetuosa, recordando que habían sido mis superiores y que muchos de mis conocimientos a ellos los debía, por lo que tenía que estarles agradecido. Pero con quien más relación tuve, algo más tarde, fue con don Ambrosio Huici que, además de sus conocimientos del latín, dominaba perfectamente el árabe clásico y el vulgar; y yo creo que le interesó tanto la figura de don Jaime I y la Valencia árabe, que se dirigió a estudiar los fondos que hacían referencia al dominio árabe en Valencia, existentes en las universidades y bibliotecas orientales, para poder ver la interpretación de aquellos que daban determinados hechos históricos, cotejarlos con las interpretaciones de los cristianos y sacar sus conclusiones. Con gran acopio de datos obtenidos con sus trabajos e investigaciones, volvió a Valencia y empezó a ordenarlos con el fin de darles publicidad. Pero el tiempo

avanzaba inexorablemente y su trabajo avanzaba poco. Informado de lo que ocurría, me dediqué a presionar a don Ambrosio. Me habló entonces de que tenía acabado de que tenía acabado un libro sobre la cocina hispano-magrebí, que por el tema no me interesaba demasiado, pero le ofrecí que se lo editaría el Ayuntamiento. Se lo planteé a la Corporación, que lo aprobó. El tiempo pasaba. *Tempus fugit*, como diría don Ambrosio. Pero don Ambrosio se iba haciendo mayor, la memoria le flaqueaba a veces, yo seguía insistiendo...; entonces empezó a actuar el profesor Ubieto, que salvaba los pequeños errores y, luego fue corrigiendo las pruebas y por fin salió el libro que editó el Ayuntamiento cuando yo ya había dejado de ser Alcalde: don Ambrosio me hizo el honor de dedicarme el libro.

Cierto es que, durante mis años al frente de la Corporación Municipal, tuve una gran preocupación por la cultura, por la enseñanza en general, y por la Enseñanza Media en particular. Pero quiero dejar constancia que la aportación municipal no se limitó únicamente a la cesión de los solares. Con la inestimable ayuda de los entonces ministro de educación nacional, don Jesús Rubio y García-Mina y la del director de Enseñanza Media don Ángel González Álvarez, nuestra ciudad pudo contar con nuevos centros de enseñanza media: el Sorolla, el Benlliure, el de la avenida de Castilla, el de la Fuente de San Luis y seis secciones delegadas: dos en la Fuente de San Luis, dos en la Malvarrosa denominadas Isabel de Villena y otras dos dedicadas a Juan de Garay. Estas dos últimas transformadas en Instituto, siendo ministro el valenciano José Luis Villar Palasí, el 18 de junio y el 9 de julio de 1969, respectivamente. Además de crearse todos estos institutos, durante esta década se había reconstruido y ampliado el San Vicente Ferrer de la calle Almirante Cadarso. En diez años, la enseñanza media impartida en institutos valencianos se había más que multiplicado por cuatro.

No quiero acabar estas líneas sin agradecer a la Junta Directiva de la Asociación de Antiguos Alumnos del Instituto Luis Vives su atención al pedirme unas líneas en recuerdo de los 150 años de la creación de los Institutos de Segunda Enseñanza. Ello me ha obligado a rebuscar en libros datos históricos olvidados o desconocidos y el retrotraerme a tiempos pasados, recordados con tanta intensidad que me daba la impresión que los estaba viviendo otra vez, lo que no podía ser cierto, porque aquello pasó; pero lo que no pasará es el gran incremento de los centros de enseñanza en Valencia, que ha permitido a familias de limitados recursos económicos que sus hijos pudiesen seguir estudios que no fueron posibles para ellos.

La confraternidad de la promoción de bachilleres 1941/42

José Zaragosí Moliner
Presidente de la Promoción

Introducción

Aunque algunos de los condiscípulos nos veíamos con frecuencia, por amistad, vecindad y/o estudios universitarios comunes, en el año 1944 iniciamos las reuniones de nuestra promoción con un almuerzo anual en la ciudad o alrededores, con gran éxito de asistencia y sobremesas tan simpáticas y gratas que fuimos ampliándolas a “fines de semana.”

La comisión organizadora constituida por A. Montón, E. Nácher y yo mismo, contó siempre con la colaboración de los condiscípulos, que con su constante interés nos han estimulado y ayudado: Payá, Arnau, Capilla, Molina, Samper, Raga, Moreno, Crespo, Gálvez, Collado, Herrero, Miragall, Oreiro, y *todos*. Cuando nos vemos por la calle, nos preguntan: ¿cuándo es la próxima reunión? Rodrigo, Folgado, Bofill, Sáez.

Con el tiempo, el programa se ha ido mejorando, logrando reunirnos siempre con las esposas y algunos acompañantes hasta en número superior a 80, que nos ha obligado en ocasiones a alquilar un autobús de dos pisos o de tipo articulado. El autobús es un factor fundamental; Angel y otros conductores expertos y anables contribuyen a hacernos delicioso el viaje, en donde entonamos el *himno* y la charanga que Arnau compuso en letra y musicalidad, y que solfeó Sansaloni.

Profesorado

El recuerdo de nuestros profesores, es un tema constante en las conversaciones tan gratas y coincidentes en su gran profesionalidad; siempre les prodigamos nuestro respeto y gratitud por su dedicación y altas dotes de docencia. Uno se admira observando su humildad y grandeza cuando solicitan los cuidados médicos del que fue su alumno, depositando en él toda su confianza. Recuerdo los últimos momentos de Pío Beltrán, José M^a Benaches, E. Bernet, Vda. de Huici, Espinosa, así como de descendientes de José Giner, una de cuyas hijas, Aurora, nos ha acompañado en algún viaje.

Asamblea

En la preceptiva, pero informal, que celebramos en el postprandio del último almuerzo del viaje con la consiguiente euforia, se suelen aceptar todas las propuestas por “rara unanimidad.” Recordamos en primer lugar a nuestros definitivos “ausentes,” damos la bienvenida a los que se van incorporando, hablamos del presente y del futuro de la promoción, programando “el fin de semana” con unos diez años de anticipación, de excursiones orientadas por todos, y que hasta la fecha se han ido cumpliendo durante muchos años consecutivos.

Regalos

Después de una de las comidas, se entregan regalos a todas las señoras, o también por rifa, a quien le toque, obsequios de Elisa, sensible artista que aporta cerámicas pintadas, o cerámicas de Asunción, óleos de Payá y de Arizo, pastilleros de la esposa de Arnau o ceniceros de la esposa de Payá, y el “detalle” habitual de Mary, fotomontaje de Luis Vives, hecho por nuestro hijo Fernando:

en el centro medalla concedida a los antiguos alumnos, en la parte superior izquierda el monumento esculpido por Aixà en el Claustro de la antigua Universidad, en la superior derecha el busto ubicado en la plaza de Brujas por Ramón Mateu, reproducción del que hizo para la ciudad de Brujas; en la parte inferior izquierda el efectuado por Alfonso Pérez, mi ilustre paisano, en la fachada de la biblioteca Municipal, y en la inferior derecha en el patio del Instituto Luis Vives también por Alfonso.

Regalos entregados por la simpática y bella Sandra.

Gastronomía

A través de las reuniones, saboreamos lo mejor de la cocina de la Comunidad Valenciana.

Siendo la reina la paella, la degustamos en el Vedat de Torrente después del aperitivo en el chalet de Santa Apolonia. La “fideuà” en Gandía en el restaurante que obtuvo el premio nacional, muy recomendada por los Sres. de Camarena. Los langostinos de Vinaroz, abundantes en cantidad y calidad, rodeados de una magnífica exhibición de plantas. Los Chordá fueron los responsables. Las “coques” con tomate y pimiento en Gata de Gorgos, regadas por un buen vino tinto de Jalón, que no tienen nada que envidiar a las pizzas. El sabroso “all i pebre” en la Devesa de El Palmar. La exquisita “caldereta” en Villajoyosa, como el “suquet de peix” en la cena medieval del “Papa Luna” en Peñíscola. O la sopa forcallana en la Villa de Forcall, gran especialidad del Maestrazgo. O el arroz con costra ilicitano, en cazuela de barro, cubierto con huevos batidos, ingeridos antes del relajante paseo por el palmeral. O la “olla podrida” en Cofrentes y especialmente el “obsequio del matrimonio Arnau en su “casa,” con la típica comida riojana: ¡qué patatas con chorizo!, y el buen tinto riojano, precedida de la exposición fotográfica. ¡Y qué postres ingeridos en los sitios típicos!: Arnadí, riquísimo tanto de calabaza como de boniato, recomendado por el setabense Bernabeu, así como los almoxávenas. O los “flao” de Morella, dulce relleno de requesón. Las señoras los compraban todos, en las tiendas bajo los soportales.

Religión

Gracias a nuestro amigo y condiscípulo el Rvdo. José Esteve, en ocasiones hemos llevado “cura incorporado” y celebrado misa en lugares tan distantes como en San Mateo, en la iglesia románica del siglo XIII, adonde acudió R. Ferrando; en Cortes de Pallás, en la Iglesia de Nuestra Señora de los Ángeles, de nave única con decoración barroca; en la Capilla de San Pablo del Instituto Luis Vives. Siempre con sentidas pláticas, adaptando el horario a las necesidades de la excursión y especialmente dedicadas a los compañeros que ya no nos podrán acompañar.

Bodas de oro

Coincidiendo con el V del Nacimiento de Luis Vives, celebramos nuestras bodas de oro asistiendo a la Santa Misa que el día 3 de Octubre de 1.992 se celebró en la Capilla de San Pablo, ofrecida por los Rvdos. José Luis Corbín y José Esteve en memoria de nuestros compañeros fallecidos. A continuación nos reunimos en el patio para que nuestra condiscípula Amparo Ares descubriera la greca-cerámica conmemorativa del acto y en presencia de Josefa Benaches, hija de nuestro profesor, y del director del Instituto Luis Vives, finalizando con un almuerzo de confraternidad que nuestros amigos

Arnau nos “obsequiaron” en su “casa.” Previamente en Abril, celebramos la clásica excursión.

Ausentes

Nos dejaron definitiva y prematuramente: Ibáñez, Monterde, Gil, Guatía, Miralles, J. L. Pérez, E. Vázquez, V. Giner, J. Bello, J. Quinzá, R. Ferrando, E. Crespo, P. Zamora, F. Sastre, J. López, E. Veres, a quienes recordamos constantemente y especialmente en la hora de la misa anual, a ellos dedicada.

Epílogo

Con muchas notas más en el tintero, todo esto da una idea de la cohesión que ha existido en esta promoción y la adhesión permanente al Instituto.

Sin pretenderlo, hemos seguido creo yo la trayectoria humanística de Luis Vives, con su amistad, confraternidad y convivencia. Y dentro de breves días, nos reuniremos de nuevo para programar el fin de semana en la primavera de 1.966 con el estímulo renovado. Y como dice nuestro “Himno:” ¡SALVE GLORIOSA PROMOCIÓN!

Un reinado efímero

Germán Martínez Aledón
Promoción 1960–1968

No podía desaprovechar la ocasión que se me brinda con motivo del 150 aniversario de la creación del Instituto Provincial de Segunda Enseñanza, hoy Instituto de Bachillerato “Luis Vives,” para mostrar el posible lector algunos recuerdos de mi paso por sus aulas en la década de los sesenta.

Eran aquellos años, tal y como los percibíamos en nuestra edad de adolescentes y jóvenes, centrados en la asistencia al Centro y el estudio, siéndonos un tanto ajenas las circunstancias que nos rodeaban: la vida política, los cambios sociales, el desarrollismo, el *boom* turístico... Pero no del todo, sobre todo cuando llegábamos a Preu, que en mi caso fue el curso 1967–68, momentos ya conflictivos para el régimen franquista con una contestación en las aulas universitarias y en la calle que los años posteriores no harán más que incrementar.

Quiero que estas líneas sean de recuerdo entrañable y, al mismo tiempo, de homenaje, a aquellos profesores y profesoras que nos soportaron, a pesar de nuestra beligerancia, puesta de manifiesto en numerosas ocasiones como tendrá ocasión de mostrar en la líneas que siguen. Ese colectivo de catedráticos eminentes, algunos de ellos silenciando sus verdaderos anhelos por razones bien obvias, que mostraban su saber, estrechamente ligado a la Universidad; una Universidad de la que nacieron los Institutos Provinciales de Segunda Enseñanza, en sustitución de las antiguas Facultades menores de los siglos anteriores a la gran reforma educativa, llevada a cabo por el liberalismo del siglo XIX. Por que no hay que ignorar que esos tres niveles en que se articula el sistema educativo actual (Básica o Primaria, Media o Secundaria, Superior o Universitaria) arrancan de los primeros atisbos de planes de estudios formulados ya en las Cortes de Cádiz, con Quintana, luego con el plan del duque de Rivas, se confirma con el Plan Pidal de 1845 —fecha de creación de los Institutos— y queda completamente definido con la Ley Moyano de 1857.

No puedo olvidar tampoco a aquellos pacientes profesores que me abrieron ventanas al mundo —en un ambiente pecato y romo—, desde las clases de Historia hasta las de Latín o Matemáticas. Es evidente que eran saberes académicos muy ligados al

sistema educativo universitario, pero eran saberes que abordaban la formación humanística y científica de aquellos que éramos entonces jóvenes alumnos. Valgan algunos ejemplos como ilustración de lo que digo. Don Julio Feo, catedrático de Latín, con su característico “tic” llevándose un dedo a los labios, nos enseñó los rudimentos de la lengua y la cultura latinas desde 2º de Bachiller; siempre recordaré sus clases magistrales sobre los usos de “ut” o sobre el ablativo absoluto, en un lenguaje que por su altura quedaba bastante alejado de nuestras mentes poco proclives a aquellos arcanos misterios filológicos de una lengua muerta. Luego volví a tenerlo en 6º y en Preu, siendo en este último curso cuando sufrió un infarto y fue sustituido por un recién licenciado y protegido de él, que con el tiempo será catedrático de Latín: me refiero a mi buen amigo Agustí Ventura. En 5º, en cambio, nos dio Latín el Sr. Blasco, que fue alcalde de Sagunto, hombre de avanzada y que tenía un curioso método para preguntar en clase: llevaba unas fichas de cartulina con nuestros nombres, las barajaba, hacía que uno de nosotros “cortase” la baraja y el que salía era ese día la “víctima propiciatoria.” Las clases las dábamos en una pequeña aula con unas librerías, que estaba donde hoy se encuentran las dependencias de Dirección-Secretaría y como era muy oscura el aula, siempre llevaba un flexo para iluminarse. De ese mismo curso, fue el catedrático de Griego, el Sr. Díaz Regañón que con el tiempo llegó a ser catedrático de Universidad, tan austero y tan exigente él, la verdad es que aprendimos buena cantidad de griego... y también de buenas costumbres con su crítica a las lecturas de tebeos, ver la televisión o escuchar música moderna. También impartía esta materia en Preu, Antonia... , catedrática de Griego y hoy en día profesora de la Universidad de Valencia. De ella guardo también un excelente recuerdo, por su preparación y seriedad a la hora de impartir docencia.

De los profesores de Historia que tuve en el Bachiller, no puedo olvidar al catedrático don Luis Querol Roso, que nos dio clase en Preu, ya en el final de su carrera como funcionario en activo. Sus clases eran salmodias sobre el turco, la batalla de Lepanto o las glorias del Imperio Español (la asignatura de ese curso era Historia de España Moderna y Contemporánea), en las que con frecuencia “desconectábamos” para pensar en cosas más inmediatas. Su defectuosa visión hacía que con frecuencia hiciéramos gamberradas y alguna de ellas tan sonada, como la de aquel compañero que se desnudó en clase, se quedó en calzoncillos y se paseó a gatas por toda el aula sin que el pobre de don Luis se enterase. ¡Qué barbaridades hacíamos en aquellos años! Y hablando de barbaridades también he de mencionar aquella salvajada a fines del curso 1962-63 en que cursaba 4º de bachiller, en que un grupo de alumnos destrozó todos los mármoles que separaban los urinarios (era, como es bien sabido, un Instituto masculino). El castigo fue mayúsculo, creo recordar que se suspendió a todo el grupo en la convocatoria de junio. Era director en aquel año don Luis Querol Roso y secretario, don Julio Feo García. Y qué podemos decir de los partidos de fútbol en el patio interior —hoy zona ajardinada— del claustro, durante los recreos con verdadero riesgo para el profesorado que se atrevía a pasar por allí.

Y las Semanas Santas, el Viacrucis por la galería porticada del claustro, los rezos en la capilla, la importancia que tenía la Religión (era, por orden, la primera asignatura que aparecía en las calificaciones). No puedo olvidar al padre Corbín —hoy historiador

consagrado y cronista perpetuo de este Instituto Luis Vives, ayer director espiritual—; a don Antonio Alonso, autor de sus libros de texto, tan exigente, tan rigorista (por un suspenso en la asignatura de Religión no pude pasar a reválida y tuve que repetir 4º de bachiller); o el padre Ves, tan próximo a nuestro lenguaje y con ciertas obsesiones por temas que también a nosotros nos obsesionaban en aquella edad.

¿Y qué decir de Carola Reig Salvá? Catedrática de Lengua y Literatura, descendiente de una estirpe valenciana excepcional (de Vicente Salvá, diputado en las Cortes del trienio, librero en Londres y París, bibliófilo y amigo de todo el exilio español durante los períodos absolutistas de Fernando VII, liberal de primera línea, como su amigo Villanueva), mujer de sabiduría oceánica, hacía ostentación al mismo tiempo en sus clases de un discurso brillante, poco común, y de una extrema crueldad en el trato a sus alumnos, en el que el insulto personal se confundía con la humillación ante los compañeros. Sin duda, este estilo no sería hoy aceptable, pero es comprensible en una mujer que vivió y murió para la literatura y que, muy probablemente tenía otras aspiraciones para las que las aulas de un Instituto se quedaban cortas. Aún hoy recuerdo sus gestos, sus palabras y su memoria: “tengo una memoria de caballo,” decía; o bien nos contaba como en su casa tenía una biblioteca de más de 6.000 libros, o sus gestos de admiración cuando hablaba de Machado o de Unamuno.

No puedo dejar de citar a aquel profesor que tanta humanidad respiraba por todos sus poros; la antítesis de Carola Reig; amable en el trato, próximo en la palabra, con buenas notas de humor y quien probablemente marcó mi primera afición por la Historia. Me refiero a don Leopoldo Piles Ros, el único profesor que en aquellos años bajaba de la tarima para acercarse a nosotros, que contaba algún chiste que otro, que hablaba de historia y de sus investigaciones, que igual nos pedía un cigarrito y otro día repartía un paquete entero. Daba Historia, pero también recibí clases de Filosofía y lengua con él. Luego lo volví a tener de profesor en la Universidad y cuando falleció escribí una carta en el periódico expresando mi dolor por haber perdido un “profesor” en el más amplio sentido del término.

Director en estos años fue Luis Querol Roso, hasta el curso 1966–67; en el siguiente entró José García, más joven que don Luís. En el citado curso vino por traslado desde el “José Ribera” de Xàtiva, don José Guerri, catedrático de Filosofía, al que al principio tomamos con temor pero con el tiempo acabamos con tal confianza que sus exámenes, siempre orales, los teníamos aprobados de antemano: teníamos que salir con nuestro libro de texto, convenientemente preparado para abrirlo en la página que nos habíamos estudiado; si al ejecutar la operación de abrir la página fallábamos era el desastre, pues nada sabíamos de lo demás. Bien consciente era él de que le pretendíamos engañar.

Mención aparte merece la revista *Albatros*, de cuyo consejo de redacción formé parte en los cursos 66–67 y 67–68, es decir en 6º y en Preu. Los ejemplares de aquellos años los conservo en mi casa como un tesoro. No en balde son parte de la memoria de aquellos años, con nuestros primeros pasos literarios, artísticos y ensayísticos. Dentro de los limitados márgenes de aquellos años, era un medio de comunicación con los compañeros. Aún recuerdo los problemas que tenían para publicarse ciertos artículos, por su excesiva “liberalidad,” tan inocente por otra parte. Se nos advertía además que

debíamos rehuir cualquier referencia a la situación política. Se encargaba de coordinar la revista por parte de los profesores, doña Carola Reig. Tenía una excelente calidad técnica para los medios de aquellos años: se hacía a imprenta (en la imprenta Cosmos, hoy desaparecida, de la calle Pintor S. Abril), corregíamos pruebas, la recogíamos en la imprenta, aunque la dirección técnica corría a cargo de la citada profesora Reig. Aún recuerdo haber visto por primera vez en mi vida una linotipia en la citada imprenta, que tal vez prefiguraba lo que iba a ser mi continuado contacto con el mundo de la edición, hoy totalmente ya informatizada.

Quisiera acabar este artículo de remembranza y homenaje a un mismo tiempo, trayendo a colación unos papeles que aún después de 27 años conservo en mi casa y que servirán para explicar el título que encabezan estas páginas. Durante el último curso 1967-68, además de nuestra afición a la literatura —era normal utilizar la poesía como medio de expresión— tuvimos un acercamiento al lenguaje de la Historia, a través de un *reinado efímero* que inventamos en el aula y del cual se redactaron unos documentos imitando el castellano del siglo XV, debidos en gran parte a mi buen amigo Emilio Calvo Calzadilla —hoy abogado en ejercicio—, por los cuáles él se constituía en rey de aquel reino (con el nombre de Emilio I el Calvo, duque de la Calzadilla), yo su valido, Fructuoso Pérez Álvarez, obispo, Jorge Ramos, ministro de agricultura, etc..., jugando siempre con el significado de los apellidos. Sólo voy a reproducir un pequeño fragmento de mi nombramiento como valido, que además conservo en su forma original con los bordes quemados e imitando un pergamino antiguo:

“Nos, Emilio ‘el Calvo’ et ‘el Grande,’ rex e señor, en plena e amplia posesión de mis facultades físicas y mentales, gratia Dei, en el día de la fecha deste anno de gracia; aviendo auido consejo con los altos caballeros e nobles e infanzones sobre el particular, e como quiera que la mayor parte de los votos de los mesmos señores hayan sido afirmativos e aseverativos, así pues, tengo por acordado facer mi privado e valido a aquel que él dice de sí mesmo llamarse, et se llama Germán Ramírez, por sobrenombre ‘el Aledón’. Fágolo ansí, por ser muchas las peticiones que a nuestras reales orejas llegan, arrivan e conducen las acertadas e sensatas gentes de sciencia e consciencia de mis reynos...”

En ese lenguaje habían sido determinantes los documentos del reinado de los Reyes Católicos y de Carlos V que reproducía el manual de Antonio Rumeu de Armas, que utilizábamos como libro de texto en las clases de Historia y que nosotros amplificábamos, imitábamos y recreábamos.

Permítame el lector que desvele mi querencia por todo lo que se refiere a la enseñanza media: en ella me forme —y ahí están los años en este Instituto señero—, en ella trabajo y a ella dedico mis mejores esfuerzos, desde el aula y desde la letra impresa. Creo que sólo por ello es disculpable cualquier atisbo de parcialidad. Y desde luego sin olvidar todo lo que tomé prestado de mis profesores hace más de treinta años.

Valencia, octubre de 1995

1976–1980: Chispas de transición

Juan Carlos de Miguel y Canuto

La fama perdura más que la realidad que la sustenta. Cuando yo ingresé en el Instituto Nacional de Bachillerato “Luis Vives,” año de 1976, ya había en Valencia otros muchos (después siguieron creándose más) y, sin embargo, el “Luis Vives” seguía gozando en exclusiva, creo, de un prestigio acumulado en su larga andadura histórica, de esa aureola proveniente de haber sido durante mucho tiempo el único en la ciudad; de hecho continuaba siendo el único masculino, así como el “San Vicente Ferrer” era el único femenino, y es indudable que poseía muchas singularidades.

En aquellos tiempos no se tomaba en cuenta el criterio de la proximidad física domiciliaria a la hora de admitir a los alumnos y, por tanto, la entrada en el centro era mayoritariamente la consecuencia de la libre elección familiar, si acaso el filtro que podía aplicarse era fundamentalmente el del expediente académico. Era muy frecuente también la alegación de la condición de antiguos alumnos de padres o hermanos (y aquí el plural, de manera lógica, es estrictamente masculino): Ir al “Luis Vives,” pues, estaba lleno de connotaciones positivas y añejas, aunque a decir verdad, percibidas más por los padres que por los hijos.

Un factor no secundario lo constituía la propia sede del Centro, el noble caserón de la calle de Játiva, del que el padre Corbín ha trazado su devenir con tanto tino. Sin embargo, yo ingresé en unas instalaciones provisionales, de una antigua sección delegada, sitas en el Polígono “Fuente San Luis,” conjunto urbanístico de reciente construcción, una de las pocas zonas de la ciudad planificadas y ejecutadas por el Ministerio de la Vivienda. El edificio, domiciliado en la calle arabista Ambrosio Huici, antiguo y egregio profesor del Instituto, constaba de planta baja y primera y estaba un tanto extrañamente inscrito en línea oblicua dentro de una parcela rectangular, lo que creaba varios patios desiguales; a su alrededor había viales exentos de tráfico, por lo demás bien escaso en toda el área, y particularmente uno situado delante de la puerta principal era usado por muchos a modo de campo de fútbol. Tras nuestra marcha (curso 1978–79), este edificio pasó a albergar el Instituto hoy llamado “Fuente de San Luis.”

Como quiera que todo el barrio era nuevo debían ser muy escasos los alumnos del entorno y puede decirse que se había efectuado un auténtico traslado de la institución y que aquella sede constituía, a todos los efectos, un enclave del centro de la ciudad. Hasta allí se habían ido profesores, estudiantes, administrativos, limpiadoras y bedeles, éstos últimos eran guardias civiles retirados, pero quizá no todos, como el simpático Manuel García Perea (“Manolo” para todos) que aún hoy sigue prestando sus servicios. Entre los primeros moradores de aquellas viviendas sociales se veían algunas familias de raza gitana, a cuyos domicilios, se decía, algunas habían intentado subir, para albergarlo, un animal de carga. Un día D. Ramón Alós, profesor de Física y Química y persona muy concienciada en lo social, comentando el que alguna de aquellas familias había encendido una fogata dentro de casa, valoraba el hecho como evidencia de la falta de idoneidad de las viviendas concedidas a las costumbres y necesidades de aquellas gentes.

Lo que más recuerdo del día de la inauguración de las clases del curso 1976-77, es la desmesurada ansia fumadora de la inmensa mayoría de los alumnos, que encontró su cauce expansivo en los descansos entre clase y clase, en aquellos pasillos muy ventilados, síntoma de un deseo autoafirmativo de seres adultos en el inicio de una nueva etapa, que conlleva un cambio tan considerable como lo es el que va de la E.G.B. al B.U.P.

El emplazamiento daba lugar a situaciones pintorescas. La parada de autobuses más próxima estaba situada casi en el arranque de la calle Zapadores y el tramo que mediaba hasta ella, con la excepción de un único árbol, era un páramo pelado, en verano azotado por un sol que caía despiadado; eran frecuentes las carreras, no siempre exitosas, hasta la parada y recuerdo que el Sr. Gavilá, profesor de Educación Física, ya entonces uno de los más veteranos de la casa, dotado entre otras cualidades de una gran memoria, y que nos hacía utilizar el perímetro exterior del edificio como pista de carreras, refirió en una de sus clases, a modo de estímulo, el caso, que a él le había trasladado el interesado, de un alumno que inicialmente se fatigaba mucho en cuando corría para alcanzar el autobús a la salida de las clases y transcurrida una parte del curso ya se desplazaba con gran ligereza.

En vísperas de Navidad comenzaba a instalarse la feria de atracciones en la avenida de los Hermanos Maristas, situada prácticamente a las espaldas del edificio; hasta allí se allegaban muchos estudiantes a la hora del recreo matutino (o incluso alguna más) o al acabar las clases. Pese a que la feria duraba aproximadamente lo que las vacaciones navideñas, lo cierto es que el montaje y desmontaje de las atracciones mecánicas se extendían bastante más y aunque sólo fuera para acompañar estas duras actividades o con motivo de las pruebas de sonido, a menudo las clases se veían interrumpidas por altísonas canciones más o menos de moda. No se me olvida el día el que D^a Rafaela Grau, profesora de Lengua y Literatura española, una de las mujeres más apreciadas del Centro, suspendió momentáneamente una clase para, sonriendo, suspirar el nombre de Adamo mientras se escuchaba una de sus canciones.

Una tarde otoñal, a primera hora, los Reyes inauguraban una vivienda piloto (o algo semejante) junto al Instituto, se suspendieron las clases y muchos nos acercamos

curiosos a mirar, había bastante gente en un ambiente muy distendido con jocosidades estudiantiles varias, fue bastante comentado el que los Reyes eran más rubios de lo que se percibía a través de la televisión.

Aquellos años fueron los de la transición política a la democracia, tan recordada ahora en la conmemoración de su vigésimo cumpleaños. Durante todo aquel tiempo el Director del Instituto fue D. José García García, catedrático de Matemáticas, persona muy trabajadora, de principios cristianos, padre de muchos hijos, firme en sus convicciones, pero no inflexible. Varias veces se renovó la Junta de gobierno pero él siguió siendo director hasta que, ya en mis últimos meses en el “Luis Vives,” fue elegido para sucederle D. Arturo Company, catedrático de Dibujo.

Eran momentos difíciles, conflictivos y reivindicativos tanto en lo político y social como en lo laboral, que cogieron a casi todos forzosamente impreparados, aunque a algunos muy mentalizados, y que a casi nadie dejaban indiferente. A partir de entonces todo iba a ser más complejo. Hubo no pocas diferencias y tensiones. El curso 1976–77 se vio gravemente afectado en su desarrollo por una huelga de los profesores no numerarios (los PNNs, llamados coloquialmente “penenes”), yo estaba en primero de B.U.P. (era el segundo curso de implantación de este nuevo Bachiller) y durante meses dejamos de recibir la mayor parte de las clases, algo en verdad bastante nuevo en aquella casa.

El “Luis Vives” tenía fama de ser lugar de gentes de orden e incluso se decía que entre su alumnado se contaban personas conservadoras de ideología extremista. Había efectivamente, por ejemplo algunos hijos de militares de carrera que de un modo u otro se hacían notar y destilaban descontentos familiares, pero se trataba de sectores minoritarios. Es cierto, sin embargo, que muchas familias habían elegido ese Centro confiando en una línea bien lejana de la agitación que sacudía a otros Institutos de la ciudad, como el “Benlliure” o el “Sorolla,” por ejemplo.

En aquellos momentos el mundo de la enseñanza media quería contribuir también al cambio y una vez advenida la democracia reivindicaba que ésta entrase en los Centros. Nosotros ya no tuvimos que cursar la “Formación política” franquista, aunque seguían quedando profesores de la materia. Los alumnos habíamos venido eligiendo a nuestros “delegados” de clase que pasaron a denominarse “representantes,” éstos se organizaron mínimamente y elaboraron tablas reivindicativas, qué sólo se verían colmadas plenamente unos cuantos años después, aunque es cierto que comenzaban a removerse las formas y las ideas. Se pedía que el Instituto pasase al régimen de coeducación, que los alumnos entrasen en los Claustros y sesiones de evaluación, derechos de reunión y un montón de cuestiones prácticas. También los alumnos efectuamos huelgas y manifestaciones, en general de manera regocijada, en parte sumándonos a llamadas externas y otras de convocatoria propia; recuerdo un conato de una de ellas motivada por la falta de calefacción —y el consiguiente frío— sufrido cuando todavía estábamos en las instalaciones de la Fuente de San Luis, se sugirió acudir a las aulas con una manta, lo que pocos hicieron.

Hubo fases distintas, una vez superadas las primeras elecciones democráticas (junio del 77), vencidas por la Unión de Centro Democrático se desató una virulenta polémica

en torno a la enseñanza pública, que muchos sentían amenazada por la privada tanto presupuestariamente como en el intento ideológico que se denunciaba, materializado en el proyecto de Estatuto de Centros Docentes que el ministro Otero Novas propugnaba. Fueron años de muchas batallas sindicales (mayoritariamente de los profesores), y se tomaban mil iniciativas, como innumerables reuniones, pasquines y folletos, recogida de firmas, movilizaciones, huelgas, etc. Cuando yo estaba ya en C.O.U., se produjo en Madrid el asesinato de la estudiante Yolanda González, una provocación antidemocrática de manos negras que causó un reguero de dolor y de agitación. El comportamiento de muchos de nosotros se veía influido o limitado por nuestras familias y por lo que oíamos en casa, a menudo, pero no en todos los casos, incitándonos a centrarnos en el estudio y a olvidarnos de todo lo demás.

También durante aquel año de C.O.U., en el que los estudiantes estábamos mediatizados por la inexorable Selectividad y por la necesidad de completar los programas de las diferentes materias, comenzaron por primera vez a recibirse amenazas de bomba que implicaban la llamada a la policía y el desalojo de todo el Instituto. El fenómeno, en determinados períodos, se repitió con bastante frecuencia originando no pocas molestias y alterando la vida académica.

Hubo intentos de asentar en la asiduidad actividades culturales extraescolares, había alumnos con inquietudes de diverso tipo: cinéfilas, de escritura, fotografía, intereses valencianistas, etc. Mas no resultaba sencillo organizarse y no había tradición inmediata. A veces se miraba a los promotores con alguna reserva, o se querían imponer determinados horarios, o no se disponía con prontitud de los locales necesarios, tampoco eran muchos los profesores que ofreciesen su colaboración. Aún así se culminaron algunas iniciativas: reuniones, jornadas prevacacionales de corte lúdico-cultural, etc. En 1977 se publicaron un par de números de una revista del centro que se tituló "Albatros," hecha con esfuerzo, en la que escribieron sobre todo profesores, pero también algunos alumnos. Más tarde, durante el curso 1979-80, salió a la luz un único número de otra llamada, "Sin título," editada por las Comisiones Culturales, realizada con menos medios materiales pero a cargo casi íntegramente de alumnos. Su contenido, a veces escéptico, a veces contestatario, reflejaba planteamientos críticos y mentes despiertas.

Fueron tiempos de muchas mudanzas: en ciertas clases de Religión se abordaban algunas inquietudes y curiosidades (recuerdo, por ejemplo, preguntas sobre sexualidad y otras cuestiones formuladas por escrito anónimamente al padre Bes, a invitación suya). Una parte de los componentes del restringido seminario de dicha materia acabaría secularizándose, caso de D. Ramón Gascó o D. José Chambó, a la sazón sacerdotes bastante jóvenes. Pero también había representantes de un clero más regular, como el mencionado padre José María Bes, personalidad singularísima de notables dotes artísticas, que fallecería años después víctima de una penosa enfermedad o el padre Juan Luis Corbín, bien conocido en su faceta de historiador, que se reincorporó al Centro el curso en que volvimos a la Calle de San Pablo. El establecimiento de la Ética como asignatura optativa alternativa a la religión católica, la enseñanza del valenciano o en valenciano, son fenómenos posteriores, ya de la etapa socialista.

La vuelta, inevitablemente, se había conducido con algún apresuramiento y la capilla, por ejemplo, había servido durante los años de las obras de almacén de libros y de otros enseres y así continuaba; el padre Corbín tenía un gran interés en devolverle al local la prestancia y el uso debidos y contó con la colaboración de grupos de alumnos que participaron en el traslado de bultos, sin embargo la tarea sería larguísima y aún no ha sido concluida (en su faceta restauradora).

El edificio renovado presentaba diversas ventajas pero se echaban en falta muchas cosas. El Sr. Gavilá se lamentaba de la disposición que los arquitectos habían dado a los vestuarios y las duchas y del material usado en el recubrimiento del suelo del gimnasio. También de la pavimentación parcelada del patio de deportes. Se requerían dotaciones para los laboratorios de Ciencias y el estupendo espacio reservado para la biblioteca carecía del mobiliario necesario. D. José García hubo de batallar mucho para conseguirlo. Además estaba el problema de trasladar y organizar la biblioteca así como ponerla al cargo de alguien. Hubo que hacer muchos esfuerzos, incluso físicos; recuerdo un día, en los comienzos del curso 1979-80, en que D. Ricardo Gorgues, un profesor de Literatura de aire respetabilísimo que entonces era el Jefe de Estudios diurnos, y como tal el encargado de hacer los endiablados horarios (castigo que el Director decía no desear ni a su peor enemigo) sufrió un ataque de lumbalgia y circuló por el centro encorvado hasta que necesariamente tuvo que retirarse a casa para reponerse. Un aspecto muy positivo de la renovación del inmueble fue la construcción de un salón de actos muy amplio, con el que se quería contar para los actos culturales y ceremonias y actos comunitarios. Por desgracia, la Delegación del Ministerio de Educación impuso bien pronto su tabicación para albergar las distintas dependencias del I.N.B.A.D. (Instituto Nacional de Bachillerato a Distancia), con el consiguiente fastidio y frustración del Centro.

En aquella etapa había ya bastante movilidad del profesorado (se contaba con enseñanzas diurnas y nocturnas) y se había roto la vieja tradición de asentamientos de muchísimos años, cambiando en parte la figura del profesional docente. No obstante, mi hermano mayor, del que me separaban sólo un par de cursos, fue alumno de D^a María Labrandero, profesora de Dibujo que lo había sido también de nuestro padre, y de D. Fernando Dicenta de Vera, y yo aún llegué a conocer a D^a Carola Reig Salvá, profesores de Literatura española, estos últimos, y personalidades que habían sido bien conocidas en la vida ciudadana.

Muchos docentes se incorporaban jóvenes e incluso muy jóvenes al Instituto, probablemente era su primer destino tras vencer las oposiciones y a menudo se trasladaban al cabo de uno o dos cursos: recuerdo a D. Enrique Monrabal, de Matemáticas o al paciente de D Luis Vizcaíno, también de la misma materia, que insistía mucho en el papel de la intuición a la hora de asimilar ciertos conceptos, para desgracia de los poco intuitivos en estas cuestiones, como yo... Un día uno de nosotros, alumno al que hoy yo no dudaría en calificar de prudente y morigerado, aunque fuera un punto arrojadizo, cuando cursábamos primero de B.U.P., interrogó al mencionado profesor Monrabal sobre cómo debíamos tratarle, si de Vd. o de tú. Respondió, aproximadamente, que cada uno podía hacerlo según le naciera, y aunque no descartaba por completo un "Don Enrique,"

si alguien lo deseaba, encontraba más sencillas fórmulas intermedias de compromiso, tales como “Señor Monrabal.”

Son muchos los profesores que me vuelven a la memoria. D. Antonio Beneyto era leonés, creo, dotado de una especial sorna y muy trabajador. En C.O.U., nos dictó un entero curso de Lengua española sin papeles, componiendo de manera improvisada, o de memoria, explicando y proponiendo ejercicios con gran naturalidad y sin apoyo alguno. Era una persona muy puesta al día en su materia. Durante aquel curso (1979–80) el coordinador universitario, D. Angel López García, había fijado un programa muy innovador, en algunos de cuyos puntos muchos profesores se veían en apuros, no así Antonio, que disfrutaba en unas clases que él llenaba de ironía y humanidad. Por aquellas fechas se incorporó al Centro D. José Esteve Forriol, estupendo latinista, persona llena de sensibilidad y miramiento que en lugar de poner “suspense” escribía “insistir” en muchos de los frecuentes controles (palabra que en aquellos años sustituía a la de “exámenes”) que efectuaba.

El panorama de las lenguas extranjeras comenzaba a cambiar por aquel entonces, el inglés se abría paso con pujanza aunque todavía no se sobreponía al francés en las preferencias de padres y alumnos. Al mismo tiempo se producía una muy necesaria renovación pedagógica y metodológica: la mera memorización de reglas gramaticales daba paso a la lengua conversacional, a la producción oral. D^a Elena Camarero, en primero de B.U.P., nos hizo escuchar y transcribir canciones de Jacques Brel, experiencia novedosa para mí, luego D^a M^a Teresa Díaz y D^a Pilar Cerón mantuvieron alto el estandarte de la renovación. Era una peculiaridad del Centro la enseñanza de la lengua alemana, los alumnos que la cursaban eran realmente escasos y el docente sólo uno: D. José Belloch Zimmermann, que fue Secretario durante unos años y antes, creo, había sido Director.

Diversos profesores colaboraban o colaboraron después en la Universidad, hasta el punto de acabar dedicándose exclusivamente a ella, casi todos de lenguas, caso del propio Belloch, o de D^a M^a Antonia Corbera Lloveras, catedrática de Griego, o del mencionado D. José Esteve Forriol; estuvieron asimismo en la Facultad de Filología D^a Gregoria Gil de Latín, que afectuosamente, ya en C.O.U. nos invitaba a llamarla Goya, o D^a Paquita Almenar (que aún sigue allí). D. José Vicente Piera simultaneaba sus clases en el Instituto con las de la Facultad de Matemáticas.

Había ciertas citas anuales obligatorias, seguramente la más característica de todas ellas tenía lugar puntualmente en vísperas de las fiestas de fallas: todos los días de “mascletà,” unos minutos antes de las 14 horas, muchos alumnos se concentraban delante del edificio de la Telefónica, aproximadamente, para rivalizar con los de la academia Castellanos, abanderando gritos varios que bien podían finalizar en empujones. Esta tradición no se interrumpió durante los años de exilio en la Fuente de San Luis, por lo que muchos abandonaban las clases de la última hora de la mañana para trasladarse con tiempo suficiente.

Se hace difícil trazar un retrato colectivo suficientemente representativo, no siempre de las orientaciones y los conflictos eran comunes a todos ni trascendían en manera

visible a la superficie. Cuando yo estudiaba C.O.U., al reincorporarnos de las vacaciones navideñas un compañero nuestro ya no volvió, se dijo que había fallecido por un exceso de estupefacientes consumidos la noche de fin de año; desde luego eran los años de la cultura del porro y de ciertas experiencias de placer, aquel caso, excepcional, hoy lo veo como la punta de un iceberg de dimensiones desconocidas, en un tiempo en que algunos fenómenos aún estaban rodeados de un aura de cierto misterio.



De aquí a la eternidad

Antonio Lafuente Carrión

Una aproximación espacial a la “city,” centro comercial y de servicios, de la ciudad de Valencia, permite comprobar que su adaptación a las necesidades de eficiencia produce una sinfonía concreta de imágenes y sonidos.

El traqueteo de los martillos neumáticos desgarran las aceras, los pentagramas de tubos metálicos codifican las fachadas, los ruidos atónitos de los vehículos ante el continuo cambio de las señales de dirección, las idas y venidas del muro y las rejas que delimitan la estación del tren con su cromatismo renovado, e incluso la percepción extrasensorial, bajo nuestros pies, de un enorme topo metálico abriendo un nuevo horizonte, más racional, para la comunicación. Nuestros representantes saben bien que bajo tierra funcionamos mejor.

He de advertirte, ya que has decidido acompañarme en este viaje céntrico, que la mera observación de estos fenómenos no es una actividad normal entre la gente que nos rodea, siempre atareados y de paso decidido, por lo cuál deberás abstenerte de confrontar con ellos tus percepciones. Más aún, jamás deberás pararte repentinamente, ni circular, si vas a pie, a una velocidad inferior a 5 km/hora pues te situarías en la “velocidad anormalmente reducida” en la que entorpeces a los demás, provocándoles, según los casos, una quiebra o un agravamiento de su estado de humor.

Adaptación, utilidad, precaución... cuando sé que estoy a un palmo de acabar con tu paciencia es cuando nos damos de narices con el descubrimiento de algo que no encaja, un punto donde se rompe el continuo, un punto gordo: el número 4 de la calle de San Pablo, de hecho un gran portón de madera que raras veces se abre, es la dirección oficial de lo que los físicos y astrónomos, empeñados en buscar por los rincones del cosmos, llamarían una Singularidad.

Estamos ante un edificio del siglo XV, varias veces remozado y ampliado, con una verja adosada que delimita la frontera de los sucesos cotidianos antes descritos.

Cabe pensar, que la intención de sus arquitectos, originales y posteriores, fue construir y hacer crecer un edificio absolutamente integrado en su entorno, reflejo de este y al cual irradiase su sello propio, pero queda bien patente que tan vanguardistas ideas prescribieron.

Mole compacta, sin ornamentos, agujereada por funcionales ventanales, inmune al vértigo y fragilidad extramuros.

¿Qué hace aquí, en lugar tan caro de la ciudad? ¿Qué uso, sin duda singular, han encontrado para ella sus dueños?

El observar el flujo de gente joven que entra con normalidad en el recinto nos da confianza para mezclarnos con ellos a desentrañar el misterio y nos aporta las primeras claves. Lugar de reunión, pero no de fiesta, deben acudir aquí a menudo por su gesto rutinario... y, de pronto, una modesta placa junto a la puerta de entrada transforma la incógnita en paradoja: ¡Educación pública, aquí!

Antes de que podamos reaccionar somos empujados por la multitud hacia el interior. Mientras ellos acceden por las escaleras laterales hacia las plantas superiores nos apartamos para buscar un remanso de paz en el claustro rectangular, espacio abierto con columnas y arcos de medio punto. Aunque no perdemos la sensación de irrealidad, nos relaja la vista de una arquitectura más esbelta.

Ya no queda nadie aquí en los pasillos superiores ni se perciben sonidos del mundo que abandonamos hace tan poco.

Hay hasta un pequeño pero coqueto jardín y, extremando la atención, descubrimos la estatua que se yergue en su interior. Su gesto recogido y semblante sereno, las proporciones modestas y hasta el color verde hacen que se tarde en percibir su camaleónica presencia. No debió conquistar nada, seguro que tampoco fue hombre de mando y, como más tarde supimos, si está alzada en un pilar es porque tras emplazarla sobre la tierra, se hundió durante la primera noche bajo su propio peso.

Es Luis Vives, su nombre coincide con el que vimos en la placa de entrada.

Mientras paseamos por los pasillos laterales del claustro, pequeñas bóvedas vaídas, nos fijamos en algunos carteles que convocan a diferentes actos para conmemorar los ciento cincuenta años de la Institución.

Tú y yo, que experimentamos la enseñanza pública secundaria como un proceso más de selección, no el único ni el más largo, que debíamos pasar para que se nos premiase, y no a todos, con un puesto de trabajo intelectual, que es el mejor remunerado, estamos atrapados ahora en esta atmósfera mística y sobrecogidos por la solemnidad de la celebración rememorando esperanzas que quizás se cumplan aquí, en estas aulas fortificadas y ante la mirada atenta del Humanista. Viejos ideales, algunos dirán con razón que superados en teoría, de formación laica y abierta, que deben guiar por igual a profesores y alumnos que serán el motor transformador de la sociedad.

Embriagados por tan elevadas convicciones y tras jurar que no revelaríamos el secreto de este lugar, no se fuera a trincar su hechizo de callada laboriosidad, no nos importa que nuestra sonrisa despierte las sospechosas miradas de los que nos ven abandonar el instituto.

Ya en la calle y decididos a continuar con este impulso descubridor y probada agudeza, nos acercamos confiados a un grupo de simpáticos personajes que nos reclaman,

en medio de la acera, para que encontremos bajo cual de los tres naipes ha escondido una bolita el más hábil de ellos.

En fin, un día de experiencias inolvidable culminado con una generosa subvención a nuestros nuevos amigos, los trileros, que nos despiden con su franca sonrisa.